

SEMINARIO JOSÉ GAOS *

Notas sobre el objeto y el método en la Historia de las Ideas

El documento que presentamos a continuación es una serie de puntos ordenados por José Gaos, a fin de dictarlos y explicarlos a los estudiantes que se iniciaban en su Seminario de Historia de las Ideas, el mes de enero de 1969.

Como el lector podrá percatarse, se trata de apretadas síntesis, puntos concluyentes de una labor más que puntos de partida. Gaos era enemigo de la rigidez en los puntos de partida para el trabajo de investigación; sólo se atrevía a concluir después de un abundante trabajo. En el caso particular de sus seminarios trató siempre de ejemplificar interpretando textos delante de sus estudiantes; sólo después de una exhibición de su modo de trabajar, fijaba con precisión aquello que le parecía fundamental como resultado. Si queremos ser fieles a ese modo de concebir la enseñanza, tenemos que acudir a la amplia obra de Gaos; encontraremos entonces la riqueza de su método y el rigor de su empleo. De los manuscritos que ahora se preparan para la publicación, nos atrevemos a decir que es en el de *Historia de Nuestra Idea del Mundo* (curso preparado a lo largo de una intensa vida de trabajo, redactado en 1966 y 1967) donde su modo de trabajar, su método en el amplio sentido de la palabra, se nos muestra con la extensión y la espontaneidad más elocuente. Redactó en letra apretada más de 700 páginas (mecanografiadas son más de 1 000), poseído por el gusto de la exposición oral; este curso debiera tomarse como ejemplo de lo que aquí se presenta en síntesis original.

Las notas aquí presentadas tienen pues ese interés: ser puntos

* A un año del fallecimiento del Dr. José Gaos, El Colegio de México le puso el nombre del ilustre Maestro al salón donde él enseñó los últimos cinco años de su vida. En la ceremonia respectiva, el presidente de El Colegio de México, Víctor L. Urquidi, y dos alumnos del Maestro, Jorge Jufresa y Victoria Lerner lo recordaron en sendos discursos. Aquí se reproducen las palabras de sus alumnos, la idea que tenía el Maestro sobre el objeto y método de la historia trabajada en su seminario y una presentación de quien lo ha sucedido en él: Andrés Lira.

aclarados por el Maestro después de muchos años de trabajo, a escasos 5 meses de su muerte; nos sirven como instrumento de trabajo para quienes estamos interesados en la Historia de las Ideas, y como un testimonio más de la personalidad de Gaos a quien habrá que referirse cuando se hable de esta historia en el mundo de habla española.

Andrés LIRA GONZÁLEZ
El Colegio de México

1. La Historia * de las Ideas plantea una serie de problemas, de los que el primero es la posibilidad misma de que las ideas puedan ser objeto de Historia; ya que desde Platón se las concibe como unos entes o entidades absolutamente inmutables y eternos o intemporales, es decir, esencialmente ahistóricos y hasta anti-históricos. La solución de este problema puede resumirse en estas afirmaciones: la concepción platónica de las ideas no es la única concepción de ellas, pero, aunque lo fuese, y por ser la única posible, lo histórico o historicidad de las ideas estaría si no en ellas mismas, en su ser pensadas por los hombres: éstos tienen sucesivas, históricamente, diferentes ideas, y la sucesión integra una historia, que es parte de la total historia humana.

2. Es más. El pensar los hombres más unas u otras ideas es efecto de sus percepciones, sentimientos, intereses, finalidades, y es causa de que experimenten unos u otros sentimientos, lleven a cabo unas u otras acciones y hasta perciban unos y otros objetos. Este proceso de entretnejimiento causal de las ideas con todo lo humano es patentemente un proceso parcial, y hasta de particular importancia dentro del proceso total de la historia.

3. Cuando, pues, Ortega escribió el epígrafe "No hay Historia de las Ideas", no pensó negar el hecho histórico de la experiencia de la disciplina histórica llamada "Historia de las Ideas", sino simplemente la validez de una cierta concepción de las ideas y de la ciencia histórica de ellas, a saber, justo la que pretende hacer la

* Gaos empleaba el término *Historia* (con mayúscula) para designar la disciplina que tiene por objeto el estudio del pasado; y empleaba el término *historia* (con minúscula) para designar el pasado u objeto de estudio de la Historia. (Nota del editor.)

Historia de las Ideas por sí solas, abstrayéndolas de todo lo humano con que se presentan concretas y señaladamente de los sujetos humanos de ellas, los que las piensan.

4. Estos sujetos marcan, por el contrario, el carácter "subjetivo" de la Historia de las Ideas. Hay sujetos profesionales de las ideas, los pensadores. Pero los hay sólo porque todos los hombres son sujetos de ideas. Los pensadores no son más que los especialistas de las ideas, como todos los especialistas lo son de facultades generales de los hombres. Si de poeta, músico y loco no tuviéramos todos un poco, no habría los especialistas de la poesía, la música y la locura que son los poetas, los músicos y los locos profesionales y los psiquiatras. La Historia de las Ideas no debe restringirse, *pues*, a las ideas de los pensadores, como hace la Historia de la Filosofía, la Historia de la Ciencia y otras, sino que debe extenderse a las ideas de todos los hombres, aunque en esta extensión no pueda cultivarse más que como acumulación de monografías.

5. Pero no sólo debe extenderse a las ideas de *todos los hombres*, sino a *todas las ideas* de éstos, es decir, a las ideas acerca de *todos los objetos* efectivos y posibles de ellas, lo que marca el alcance "objetivo" de ella. La Historia de las Ideas no debe, pues, restringirse a las "grandes ideas", religiosas, filosóficas, científicas, etcétera, sino extenderse a las más humildes ideas de los más humildes sujetos, aunque esto tampoco puede hacerse más que como acumulación de monografías, y plantee problemas esenciales como éste: si, mientras que interesan las grandes ideas originales de los grandes pensadores personal, individual o nominalmente tomados, más que como ideas colectivas, que en cuanto tales, pueden tener la mayor importancia histórica.

6. Unos entes históricos tan *sui generis* como las ideas no pueden menos que requerir métodos *sui generis* de tratarlos históricamente, o por lo menos modificaciones del método histórico en general. Los principales, solamente, y solamente a título de ilustración del tema, son asunto de los puntos siguientes.

7. La Historia en general se hace a base de las llamadas "fuentes" de ella, documentales y monumentales. Estas mismas son las fuentes de la Historia de las Ideas. Los documentos son fuentes de los llamados "hechos históricos" en cuanto que éstos son objeto de los documentos. Pero éstos pueden tener por objeto ideas, como los "libros de ideas", y además todos los documentos, aun

los que no tienen por objeto ideas, tienen los objetos que tienen únicamente por medio de ideas; de suerte que todo documento puede ser fuente de la Historia de las Ideas, a saber, de aquellas ideas por medio de las cuales tiene los objetos que tiene. Asimismo, los monumentos, por caso principal las obras de arte, las de artes plásticas, son expresión, en muy varias formas, de ideas que pueden historiarse, pues, por medio de tales obras: así, por ejemplo, las esculturas y vitrales de la catedral de Chartres dan expresión plástica a una serie de ideas religiosas, del cristianismo en general, del marianismo en especial.

8. Como consecuencia de todo ello, la llamada “crítica histórica” en el sentido más estricto, la de autenticidad de los documentos y monumentos y la de la veracidad del destinatario de los autores, es en la Historia de las Ideas objeto de algunas de las modificaciones aludidas en el aparte 6. Por ejemplo, singularmente importante, no sólo en teoría, sino para la práctica del trabajo en Historia de las Ideas: la Historia no de Ideas debe rechazar los documentos comprobadamente no auténticos y los testimonios verificadamente mentirosos o erróneos; la Historia de las Ideas no debe rechazarlos igualmente: las ideas falsas son tanto ideas y tan históricas como las verdaderas, y pueden ser hasta más importantes históricamente que las verdaderas: piénsese en ideas como las relativas a la posición de la Tierra en el Universo, o en la intervención de Darwin en la vida individual e histórica, etc.

9. Conocidos los hechos por las fuentes, la Historia procede a historiarlos adoptando una forma de composición historiográfica. Lo mismo la Historia de las Ideas. Las formas de composición cardinales de la Historia en general son las que pueden llamarse figurativamente “longitudinal” y “transversal”: o bien se compone una sucesión, más continua o discontinua, de hechos, que, más propiamente, se “narran”, o bien compone un conjunto de hechos simultáneos, que, más propiamente, se “describen”. Bien entendido, que ninguna de las dos composiciones es de manera absoluta pura de la otra: la narración de los hechos sucesivos requiere la descripción de los simultáneos en cada momento de la sucesión; la sucesión de hechos simultáneos descubre en ellos persistencias de su pasado y anticipaciones de lo porvenir —pasado para el historiador. Lo mismo en la Historia de las Ideas: ya se narra una sucesión histórica de ideas, ya se describen las ideas de un “momento histórico”.

10. En cualquier forma de composición historiográfica hay que tener presente un principio capital relativo a la *división* del ma-

terial y a la *conceptuación* de éste: tanto la división cuanto la *conceptuación* deben sacarse del material mismo, o ser sugeridas por éste, en vez de imponer al material una división y unos conceptos previos o ajenos a él, violentándolo y falseándolo. Este principio es menester tenerlo muy presente, porque lo espontáneo es utilizar el saber que ya se tiene, tanto más cuanto que es imposible emprender investigación alguna sin ideas preconcebidas, prejuicios y hasta simpatías o antipatías previas; pero las ideas y los prejuicios con que se inicie la investigación deben dar únicamente hipótesis de trabajo que se debe estar atento y dispuesto a modificar y hasta abandonar, si el trabajo no las verifica con el material que vayan dando a conocer las fuentes o este material sugiere o impone diferentes o contrarias. Ésta es la única parte de verdad de la "exención de prejuicios", o la "ausencia de amor y odio", con que debe proceder el historiador en especial como el científico en general.

11. Todo lo anterior integra una parte o etapa de la Historia que puede llamarse "doxográfica", esto es, descripción o narración, reseña de los dogmas, opiniones o ideas. Es la parte o etapa inicial, fundamental, que no puede saltarse, pero no es más que esto, y la Historia reducida a ella, aunque justificada por las limitaciones forzosas de la especialización científica y la división del trabajo, es una historia incompleta. La completa es únicamente la que lleva a cabo otra parte o etapa que puede llamarse "etiológica", esto es, exposición de las causas explicativa de la idea meramente reseñadas en la parte doxográfica.

12. En la Historia ha sido la explicación de muy varias especies, pero parece que los principios capitales de ella en el estado actual de la Historia y de la Filosofía de ella, serían los siguientes: la explicación histórica no puede ser más que lo que cada uno de los sectores de la cultura por todos los demás; ninguno de ellos sería siempre el explicativo de todos los demás;¹ la explicación de cada uno por los demás puede ser causal eficiente, pero también causal final o formal, y en este último sentido puede entenderse la forma en más de uno: como esencia, como ley, como función, como estilo.

¹ O en otros términos: no por una todos los demás, sino cada uno por todos los demás.

13. Las fuentes de la Historia son “cuerpos de expresiones”, verbales o artísticas, bellas o útiles. Las expresiones son esencialmente ambiguas: la relación entre la expresión y lo expresado no es fija o rígida: una expresión puede expresar ideas o estados de ánimo distintos; una idea o un estado de ánimo puede ser expresado por distintas expresiones.² De aquí la necesidad de comprender lo expresado en cada caso por medio de la interpretación de la expresión. Esta interpretación se hace continuamente en la convivencia corriente. Cuando se eleva a la ciencia de la interpretación de los cuerpos de expresiones verbales o artísticas, esta ciencia es la Hermenéutica. Esta ciencia es la fundamental o central de todas las humanas y singularmente de la Historia.

14. La Hermenéutica estriba en la experiencia y el conocimiento de las relaciones normales y anormales entre las expresiones y lo expresado por ellas. Este conocimiento no se obtiene exclusivamente por una generalización a lo ajeno de las relaciones entre las expresiones propias y lo expresado por ellas, conocido por la propia conciencia: a esta generalización parece incluso anterior una comprensión directa de lo expresado por las expresiones ajenas, incluso de lo experimentado por quien comprende, pero una comprensión expuesta siempre al error por la ambigüedad esencial a la expresión.

[Hay una nota a lápiz: “Método de la investigación y de exposición”, sin mayor detalle.]

15. La Hermenéutica interpreta una determinada expresión por una comparación con otras expresiones interpretadas que no se mueve, por decirlo así, en línea recta ilimitada, ni en círculo, sino más bien en espiral, porque puede alcanzar certeza, pero no apodíctica, ya que ésta sería contraria a lo esencial de la ambigüedad en la expresión.

[Esquema de la interpretación:]

² Encima, el hombre tiene la facultad de falsear espontánea o intencionadamente las expresiones, es decir, emplear una expresión para expresar algo distinto, incluso lo contrario, de lo expresado normalmente por ella.

Interpretación analógica

directa	Errores de percepción	{ sensible interna del prójimo
comparada	{ material idiomática ideológica	

(tendencia a la interpretación por lo presente): [nota]

16. La interpretación comparada se hace, ya por medio de características de época de las expresiones materiales, como de las obras de arte o los documentos, ya por medio de las características de época de las expresiones verbales, como el vocabulario, la sintaxis y el estilo, ya por medio de las características de época de las mismas ideas expresadas, que tienen su fecha histórica de origen y vigencia.

17. Las posibilidades de falsedad de todo un grupo de expresiones están en razón inversa del número de éstas. Las de la expresión excepcional son elevadas, pero no pueden descartar en absoluto la autenticidad.

José GAOS

Gaos y el Seminario de Historia de las Ideas

La presencia del Maestro Gaos acompaña tan cotidianamente a sus discípulos, su ausencia es hoy tan naturalmente sentida, como antes lo fue presentida, que casi innecesaria resulta una placa que localice su vida en esta institución. Lo que el Maestro dio y dejó en cada uno de los que tratamos con él es incluso tan vital que tiene necesariamente que prescindir de la palabra. El silencio junto con el desafío de continuar con el "SEMINARIO DE HISTORIA DE LAS IDEAS", de terminar trabajos en más de un sentido trancos y de iniciar otros, a pesar de su muerte, nos parece hoy el mejor testimonio de su estancia aquí, el único tributo a su memoria. Por ello, recordar muy brevemente lo que fue este seminario en medio de éste, su salón de clases, es la forma elegida para pensar hoy en él.

José Gaos llegó a nosotros en 1964. A través de un curso de introducción a las ciencias humanas el Maestro empezó a *encantar* a los alumnos de historia, los inquietó acerca de su propia vocación, del sentido de su profesión como de la vida misma. Resultado de ello fue la petición de reabrir lo que Luis González llamó: “el mejor taller de tesis en México”: el Seminario del Doctor Gaos. En una de las primeras lecciones de éste, nos señaló: “Ustedes ya son otra cosa.” Nos relató entonces pasajes de la primera etapa del seminario: la espantosa puntualidad de su primer discípulo mexicano, la organización de 16 000 fichas de trabajo desplegadas sobre una mesa, el tirar por la ventana primeros manuscritos porque en ellos se pensaba captar la realidad mexicana con conceptos ajenos a ella, la suspensión de trabajos por cambios en la Biblioteca Nacional; son ejemplos de las dificultades de esta primera generación, cuya historia deberá ser contada algún día por sus mismos protagonistas. Lo único que todos sabemos es el saldo objetivo de esta labor: el descubrimiento del siglo XVIII mexicano, el estudio de una serie de corrientes (del positivismo, liberalismo e indigenismo), la conceptualización del pensamiento en lengua española, el inicio de la labor académica de Leopoldo Zea, Luis Villoro, Vera Yamuni, Mona-Lisa Pérez Mrachand, Bernabé Navarro y otros más.

Más de 20 años después Gaos se dirigía a un grupo de estudiantes de historia, no de filosofía; con ellos se historiaron otro tipo de ideas (las jurídicas, económicas, religiosas, científicas, morales, educativas, amorosas), se descendió a las más profundas actitudes, se analizaron mentalidades y conceptos. Cada investigación significó la renovación diaria del método de Historia de las Ideas por su fundador, quien estuvo siempre dispuesto a acoger la diversidad humana e intelectual. Las diferencias no se limitaron a la temática y a la técnica, en el trato con los alumnos hubo un cambio: si en la primera fase del seminario se comparó al doctor Gaos con el Dios del Antiguo Testamento, en la reciente se pensó en el del Nuevo, según metáfora de uno de sus primeros discípulos. Sin embargo, para cada uno de éstos Gaos tuvo otra respuesta, en el modo de saludarlo y despedirlo se iniciaba ello.

Lo que Gaos determinó en cada una de las tesis terminadas bajo su guía, desde la elección del tema y de sus fuentes hasta la corrección minuciosa del manuscrito final, puede intuirse en los prólogos de dichas obras, como en su contenido mismo. Inasible es en cambio la forma íntima y personal en que “ayudó a cargar

su cruz", según lo oí decir a cada uno de sus discípulos. Durante uno o dos años las entrevistas semanales en el salón 206 constituyeron la vivencia más importante de una decena de jóvenes. Retener las frases del Maestro, sus comparaciones y anécdotas, parafrasearlas, salir viendo en otra forma nuestro trabajo y mundo circundante eran parte de un influjo hasta hoy no bien comprendido. ¿Qué tenía aquel español "transterrado" para impulsar a los de su alrededor la continuación de la tarea? ¿Cuáles eran sus modos para descubrirles la mejor parte a sus alumnos mismos? No hay forma de entender todo ello como tampoco sus alumnos tuvieron otros medios de agradecer esta paternidad como proemios y dedicatorias.

Al año de su muerte, comprendemos que sólo por una confianza mutua pudo llevarse a cabo tal faena, y que seguramente irrepetible es la experiencia de una comunicación íntegra y respetuosa con alguien que estaba muy por encima de todos nosotros, muy distante del mundillo de intrigas y pequeños problemas, por haberse entregado a las tareas intelectuales con amor y autenticidad, con absoluta conciencia de sus motivaciones, con la certeza de sus sinrazones. A la dimensión no intencionalmente buscada para sí mismo supo Gaos incorporar a quienes como él se interesaron en una labor y vida propias.

La marca que deja Gaos en esta institución, en las personas que lo tuvieron a la vista, no es fácil de llevar. Intentar seguirlo con pasos de pigmeo, disidir o renegar de él, ensayar independizarse, son diversas formas de asimilar este encuentro. Difícil será superar la huella, sobre todo para sus discípulos. No en balde colocó él mismo, en uno de sus escritos, la dirección de tesis como la labor que debía ir en primer lugar de todas sus actividades intelectuales en México. Si ésa fue su labor favorita, lo fue porque en ella exigía a cada uno que diera de sí, a costa de dar algún día contra el Maestro. La integridad, la libertad en la labor propia fue su mejor lección dicha y vivida.

Victoria LERNER
El Colegio de México

Gaos en su salón de clase

El doctor Gaos que mis compañeros y yo conocimos; el hombre próximo a los setenta años, entraba al cubículo con un firma-

mento, unas coordenadas, un sol y una proporción de parajes vivenciales y espirituales, vulgares o exclusivos. Es significativo que debieran correrse las cortinas mientras él daba clase. Su distracción podría equivaler a un agujero en aquel universo desplegado, muy suyo, que durante la lección tapizaba simbólicamente el aula.

Era persona de pocos habitáculos, y sin embargo el objeto intencional de sus cursos cobraba tales dimensiones que en algunos momentos de su exposición pudo compararse a un profesor de geografía señalando con la baqueta algún punto en un mapa altamente detallado.

El éxito pedagógico, para el maestro, no consistía en lanzar al discípulo a una aventura, sino en hacerlo partícipe de una realización. Invitaba a los alumnos a dar un paseo por un jardín-museo selecto, guiando él. Un paseo ordenado. Sabía recompensar con una estimulante sonrisa al educando avisado que daba muestras de seguirlo fácil, segura y gustosamente a cualquiera de los vericuetos del itinerario e incluso, probablemente gozaba, ya con franqueza, si alguno de alguna manera vaticinaba sus próximos pasos, o más, si otro le señalaba una pequeña ramificación del camino que hubiese descuidado tocar él mismo. Pero el colmo del gusto, una especie de comunión entre maestro y discípulo, y entonces sí, una aventurilla, se daba cuando el subordinado era elevado a la talla de autor de un descubrimiento o un planteamiento original. El doctor Gaos era hombre para permitirlo, y otorgar el reconocimiento, pero sobre todo para que la distinción hinchara de júbilo al premiado.

La elucubración desenfadada, en cambio, no cabía. Era contenida con un sutil bofetón a manera de halago, a menudo consistente en reducir la observación u objeción de cualquiera de nosotros a un planteamiento ya histórico. Váyase a saber si el sentirse comparado, ni siquiera con Aristóteles, con el más humilde de sus antecesores o polemistas, no es mayor satisfacción que la de un aporte personal celebrado.

De modo que la discusión volvía a ceñirse a aquel mundo de las referencias y relaciones pedagógicas claras. El doctor Gaos se había tomado la libertad de pensar que la voluntad del alumno era "no perderse". De pronto nos hallamos en un ambiente cordial de lucidez y focos de placer, cuando no fascinación colectiva. Ya nadie podía decir si un don de confiabilidad adelantaba a su sapiencia o si era ésta la seductora.

Un día que repasábamos por nuestra cuenta algunas lecciones pasadas, alguien hizo un comentario todo lo cruel que se quiera, si bien en tono de homenaje: "Lo malo de leer los textos con Gaos es que uno se siente estúpido cuando se queda solo frente a ellos."

No es lo mismo tocar un instrumento que ser artista. Y un guitarrista puede presentarse en una sala de conciertos y aceptar discípulos en casa. Por la índole de su profesión y aún más, por su vocación confesada a la enseñanza aquel doctor no podía separar tan tajantemente sus virtudes de concertista y didacta. Cuando la cara del maestro en él, quería enfatizar un aspecto metodológico del análisis de textos, sus indicaciones cobraban una fuerza especial a base de su lucidez extra-académica. Y si se trataba de dar curso al contenido, el rigor de las explicaciones se fundía en la creatividad de su lectura. Célebres resultan ya entre nosotros las lecturas en viva voz de algunos pasajes bíblicos o trozos de Galileo. Uno quisiera recorrer las parroquias para ver en qué misa se lee un salmo como lo leía nuestro profesor.

La consecuencia inmediata del ejercicio de tamañas facultades es la motivación del auditorio. Sobre todo cuando sobran otras maneras de alentarlos.

En efecto, el discípulo se queda aprendiendo a leer con toda sequedad. Pero dejando aparte la enorme fortuna y dicha de haberle escuchado, aparte de la iniciación en un instrumental académico de altura, nos queda a los alumnos una visión del mundo, brillante a la cual recogernos, o la inspiración para cometer la osadía de labrarse una propia y tan grande, al que tenga madera.

Jorge JUFRESA
El Colegio de México